

Tienen tus rubios rizados ese incierto
oro apagado del cabello muerto,
y tus pupilas la angustiosa calma

de una ventana gótica y vacía,
¡y es tu alma tan triste que podría
ser la hermana gemela de mi alma!

El poema de la juventud

A. F. E. Marinetti

I

Purpurando la sangre de su herida
el obscuro jubón de terciopelo,
mi ardiente juventud yace sin vida,
con los brazos abiertos sobre el suelo.

Rota la blanca pluma del sombrero,
desgarrado su manto de escarlata;
y junto al puño del quebrado acero
rota también la cítara de plata.

Al escuchar su grito lacinante
callóse el ruiñeñor entre la umbría,
y hasta la luna se ocultó temblando;

y á su lado, lamiéndole el semblante,
como un lebrél quedóse la Poesía
á los fantasmas de la Noche aullando.

II

Bajo un arco triunfal entró en la Vida,
entre risas, aplausos y canciones,
de una loca ambición el alma henchida
y la escarcela llena de doblones.

A su afán imposible no hubo nada;
durmió su amor en tálamos reales;
la mano pronta para la estocada
y el labio fácil á los madrigales.

En locas fiestas derrochó sus días:
tuvo encuentros; cayeron cien donceles
bajo el áureo fulgor de sus puñales.

Y siempre en sus nocturnas correrías
ladrando le siguieron los lebreles
de los *Siete Pecados Capitales*.

III

En líricos y amantes ejercicios
educó á las futuras juventudes,
y no tuvo en la vida otras virtudes
que las virtudes de sus propios vicios.

Senda adelante caminó de prisa
sin temor á asechanzas ni á emboscadas.
Tomó castillos con una sonrisa
y conquistó sonrisas á estocadas.

Audaz y altiva atravesó la tierra
sonriendo al peligro y á la guerra;
mas siempre nobles sus audaces manos

supieron los prestigios del acero:
los cintarazos para los villanos
y la estocada para el caballero.

IV

Desde sus miradores, más de una
Julieta, arrojó audaz á su deseo,
bajo el sueño de plata de la luna
la romántica escala de Romeo.

¡Y cuántas veces, sobre amante falda,
postrado de rodillas, con respeto
deshojaron sus manos la guirnalda
de las catorce rosas de un soneto!

Fué su vida de amor... ¡ Cuántas doncellas,
al claustro ó al hogar arrebatadas,
á la pálida luz de las estrellas

ó á los trémulos rayos de la aurora
galoparon desnudas, desmayadas
sobre la grupa de su yegua mora!

V

Coronado de rosas y jazmines
entre el fasto oriental de tus ocasos,
apuraste en diabólicos festines
el vino del placer en sacros vasos.

En la noche encendió tu serenata
una divina fiebre de deseo,
y con tu viva cítara de plata
amansaste las fieras como Orfeo.

La visión de tu vida duró apenas
lo que dura un manojo de azucenas.
En traidora emboscada sucumbiste

embozado en tu larga capa grana,
la misma noche en que al espejo viste
entre tus rizados la primera cana.

FIN

ÍNDICE